

toda celebraba la *Embajada* del Angel Gabriel á María, esta Virgen Santísima se apareció rodeada de Espíritus á su panegirista, llevando en sus manos el mismo libro que le había consagrado, y en pago le dió una casulla resplandeciente por su blancura. Un Concilio de Toledo, en el siglo cuarto, instituyó una fiesta en memoria de este prodigio; la facultad de Teología de París, en el siglo diez y seis, fundaba en este acontecimiento la doctrina, que las almas pueden con permission divina venir á visitar á los vivientes; y la Sorbona lo hizo representar en las vidrieras de su Iglesia.

Mas aqui nuestro papel de historiador corre grande peligro de descrédito acerca de ciertos espíritus, no digo deistas ó ateos, sino cristianos, protestantes y hasta católicos. Y como tendremos que referir varios hechos maravillosos en esta rápida Esposicion de la vida de María en la Iglesia, sentimos la necesidad de esplicarnos sobre un sistema de denegacion, de creencia á estos hechos, cuyo menor resultado seria hacernos perder á los ojos de sus partidarios la dignidad de hombre sensato, y aun mas, de filósofo cristiano; dignidad que nos es necesaria para honra de nuestro asunto, y la cual queremos conservar para nuestro honor propio.

Este asunto merece suspendamos nuestra Esposicion histórica por una breve disertacion, y que á este efecto le abramos un capítulo.

CAPITULO VIII.

Estudio sobre la credibilidad en los milagros fuera del Evangelio.

§. 1.

I. Es preciso convenir en el embarazo legitimo en que se encuentran las almas mejor intencionadas, á vista de hechos maravillosos de que están tegidas las relaciones históricas de la Virgen y de los Santos, en los casos en que muchos de estos hechos parecen inadmisibles, y que su mezcla con otros mas creibles, sin *criterium* cierto para desenvolver la parte histórica de la leyenda, tiene el espíritu en suspenso sobre el conjunto de estas manifestaciones del mundo sobrenatural.

Dos disposiciones se disputan entonces el espíritu: la sencillez que lo cree todo, la presuncion que lo rechaza todo.

Entre estas dos disposiciones, hay el derecho y hasta el deber de la critica.

Este derecho se estiende á todo, hasta, en un sentido, á los milagros evangélicos, como igualmente á todos los otros fundamentos históricos de la Religion, debiendo ser nuestra sumision siempre *racional*. De ahí todas las apologias y demostraciones, por las cuales la misma Religion provoca la critica. Hay, únicamente, esta diferencia entre los milagros consignados en la Escritura y los que han sobrevenido despues: que los primeros tienen en su favor la doble garantía de la historia y de la inspiracion, y que al propio tiempo se presentan á nuestra razon y á nuestra fé como los títulos primordiales de la Revelacion divina cerrados bajo el sello del Espíritu Santo; mientras que los segundos no tienen sino un ca-

rácter puramente histórico, que permite la negacion, la duda ó la confianza, segun el grado de credibilidad que la critica individual reconoce en ellos.

Mas la critica tiene sus obligaciones como sus derechos, y la primera de todas es asegurarse del principio, y, para decirlo así, de la filosofia de que debe inspirarse. Una critica sin filosofia y sin principio, ó que procediese de un principio falso, no podria menos de entregarse á la ventura ó á golpe seguro.

La disposicion que domina hoy dia en la mayor parte de las gentes, no digo racionalistas, sino cristianas, es creer casi esclusivamente los misterios del Evangelio, y profesar el mayor rigorismo, para no decir un partido resuelto de negacion, acerca de todos los otros milagros que pertenecen á la simple historia de la Iglesia y de la Religion. Es tener por increíble en materia de milagros, todo lo que no es artículo de fé.

No vacilo en decir que esta es una debilidad contraria á la esencia de la fé y reprobada por la razon.

En efecto, es contraria á la esencia de la fé esta disposicion, cuyo yugo lleva con tanta pena, que se dá prisa en arrojarlo en cuanto se encuentra libre de ella, y que, vengándose en alguna manera de la necesidad de creer lo que es de obligacion contra lo que no lo es, abraza la incredulidad gustosa y con tranquilidad de conciencia. Es una fé de violencia, y no de amor, una fé de mercenario, y no de fiel; y se cree mal lo que debe creerse absolutamente, cuando no se quiere creer nada mas. Porque en fin, para creer bien en los prodigios del amor divino, hay que creer en este mismo amor. Si creéis en este amor, ¿por qué dudar tan fuertemente de lo que atestigua? ¿Por qué encarcelarlo en un círculo oficial, fuera del cual no lo reconocéis? ¿Por qué tenerlo á lo lejos y no permitirle un comercio de comunicacion y de prodigios con el hombre?... Esta disposicion impide estos prodigios, y haceis bien en no creer en ellos en la parte que os toca. Mas donde vuestro error llega á ser temerario, es cuando generalizais lo que solo os es personal, y que reducís sistemáticamente el poder de Dios á vuestra capacidad y su amor á vuestra reserva. A esta cuenta, jamás hubieran tenido lugar los milagros que estais obligados á creer, pues que estos milagros, que han determinado la fé

del mundo, han sido ellos mismos determinados por la *fé voluntaria* de aquellos que fueron su objeto, y para quienes no eran aun un *artículo de fé*. Esto es lo que manifestaban aquellas palabras del Salvador, que eran como el considerando de cada uno de sus milagros: *Ya estais sano; vuestra fé, ó bien vuestra confianza, FIDUCIA, os ha salvado*. El primero y mayor milagro de la Religion, la Encarnacion del Verbo, se ha obrado así por la fé voluntaria de Maria en una aparicion, la del Angel y su increíble mensaje. Mas tarde, cuando este Verbo encarnado dió principio al curso de sus prodigios con el milagro de Caná, cedió tambien á la fé heroica de su Santísima Madre, fé voluntaria y espontánea hasta la importunidad. Los prodigios cuya creencia es obligatoria, son pues ellos mismos el fruto de una creencia facultativa, igual á aquella que les rehusais. De donde se deduce que, por esta negacion sistemática, vais virtualmente contra el principio autor de lo que creéis.

Este principio es el amor, el amor de Dios, capaz de hacerlo todo por el hombre; el amor del hombre, capaz de crearlo todo de Dios.

El amor no duda de nada, porque es capaz de todo. «Desea mas de lo que puede, dice muy bien el autor de la Imitacion: no se queja de que le manden lo imposible, porque cree que todo lo puede y le conviene. El amor muchas veces no sabe modo; mas hierve sobre todo modo.» Todo amante obraria milagros, si pudiese. ¿Qué no hará, pues, el supremo Amor idéntico á la Omnipotencia? El milagro, considerado en sí, es, pues, probable en el orden del Amor divino. Para creer en él, es necesario creer en este Amor, y para esto es necesario amar. *Quien no ama no conoce á Dios*, dice el Discípulo amado, *porque Dios es amor* (1). Y el que ama cree en el amor que siente y en sus milagros.

Esto es lo que deduce, con su discernimiento y gracia particular, San Francisco de Sales, en uno de los capítulos de su *TRATADO DEL AMOR DE DIOS*, titulado: *Historia maravillosa de la*

(1) Juan, *epist.* I, cap. IV, 8.

muerte de un caballero, que murió de amor en el monte de las Olivas.

«He encontrado una historia, dice este grande Santo, que por lo muy maravillosa que es, es mucho mas creible para los amantes sagrados, pues que, segun dice el Santo Apóstol, *la caridad cree muy voluntariamente todas las cosas* (1)... sobre todo cuando son cosas que ensalzan y engrandecen el amor de Dios para con los hombres, ó el amor de los hombres para con Dios; tanto mas, cuanto que la caridad, que es la reina de las virtudes, se complace, como suelen los principes, en cosas que sirven para la gloria de su imperio y dominio. Pues bien, aunque la relacion que quiero hacer no sea tan pública ni tan atestiguada como requeriria la grandeza de la maravilla que contiene, por eso nada pierde de su verdad; porque, como dice escelentemente San Agustin, los milagros, por magníficos que sean, apenas son conocidos en el mismo lugar donde se obran; y aunque los refieran aquellos que los han presenciado, se tiene dificultad en creerlos; mas no por eso dejan de ser verídicos; y en materia de Religion, las personas bien intencionadas son mas dóciles para creer las cosas en que se encuentra mayor dificultad y admiracion.»

Tal es el principio y como la filosofia de la crítica en materia de milagros: tal es la disposicion que para ellos se requiere. Esto no obliga á creer, sin crítica, sino que hace creer segun la crítica que conviene al asunto, y sin la cual no se evita la credulidad, sino para caer en aquella falsa delicadeza del aldeano, que para no ser engañado, se forma un principio de incredulidad obstinada contra las maravillas de la ciencia, hasta negarse á verlas, para no tenerlas que admitir, y dá toda su confianza á las brujerías.

II. Esta incredulidad se ha consignado con escandaloso ruido en nuestros dias por la pluma de un escritor que se atribuye el privilegio de dar á su autoridad la fuerza de la razon. «El primer principio de la crítica, ha dicho M. Renan, es

(1) I ad Cor., XIII, 7.

que el milagro no tiene mas cabida en el tegido de las cosas humanas, que en los hechos de la naturaleza.»

¡Es necesario estar muy prevenido contra la fé para permitirse tales libertades! Emitir una proposicion sin otro fundamento que su aserto (como aquella que *el milagro no tiene cabida en el tegido de cosas humanas*), es lo que hasta nuestros dias se ha llamado una preocupacion. No admitir el exámen de los hechos que pueden ilustrar la razon acerca del valor de esta preocupacion, sustraerlo á la crítica, es cerrar de antemano los ojos; es permitirse con lujo la debilidad que se deplora en los otros.—Mas el colmo de la licencia es sentar así la *preocupacion* como primer principio, ¿de qué? de la *crítica* misma; es decir, de esta licencia, cuyo oficio particular, como indica la etimología de la palabra, es *juzgar*.

Un exceso tal es una confesion de la verdad que se pretende negar. Revela el miedo del milagro por las precauciones que se toman contra él. En efecto; ¿qué homenaje rendido á una verdad, el no poder negarla sin ocultar la luz bajo un celemin! ¿Qué verdad, qué ciencia hay en el mundo que pueda subsistir con este método que decreta como primer principio de la crítica, que aquella verdad ó aquella ciencia no existe? Y la crítica misma, ¿no es la primera que cae bajo el golpe de este método, sin que le quede medio de reclamar, puesto que es en su propio nombre como se la sacrifica (1)?

M. Renan cree no tenérselas que haber sino con almas apocadas, y no les escasea su compasion. He aquí una leccion que recibe de una parte muy contraria: «Es una presuncion necia, dice Montaigne, ir desdeñando y condenando como falso lo que no nos parece verosímil, lo que es un vacío ordinario en aquellos que creen tener alguna suficien-

(1) El método incisivo bajo formas suaves, condescendientes de M. Renan y de su escuela, es en dialéctica lo que la revolucion es en política. Es la revolucion pasada por los procedimientos del entendimiento. La crítica es el tribunal revolucionario: la Religion está puesta fuera de la ley, y la ley de los súbditos se aplica á la Razon, como estando de inteligencia con la Fé.

cia superior á la comun. Condenar así resueltamente una cosa como falsa, es imposible; es vanagloriarse de tener en su mente los límites y términos de la voluntad de Dios y del poder de la naturaleza; y no hay locura mas notable en el mundo como reducirlos á nuestra capacidad y suficiencia. Cuando leemos en Bouchet los milagros de las reliquias de San Hilario, pase; su crédito no es bastante grande para quitarnos la libertad de contradecirlos; mas condenar de un golpe semejantes historias, me parece notable impudencia..... Es un atrevimiento peligroso y de consecuencia, á mas de la absurda temeridad que lleva consigo, el despreciar lo que no comprendemos. Por qué despues que, segun vuestro bello entendimiento, habeis establecido los límites de la verdad y de la mentira, y se vé que teneis necesidad de creer cosas mucho mas estrañas todavía que las que negais, os habeis obligado ya á abandonar aquellos (1).

Este lenguaje del buen sentido habla á todos los que niegan el milagro, bien sea dentro, bien fuera del Evangelio; y aun mas particularmente á esta segunda clase de incredulidad se dirige Montaigne.

El axioma de M. Rene escita la repulsion de todos los que no han abjurado la fé al Evangelio y al orden sobrenatural; y sin embargo ellos mismos lo autorizan, si limitan sistemáticamente su fé á los milagros del Evangelio, porque se dejan arrastrar como él por la preocupacion de que *el milagro no tiene lugar en el curso de las cosas humanas*. Se diferencian en que ellos aplican esta preocupacion solamente fuera del Evangelio, en vez de que M. Rene, mas lógico, la sigue tanto dentro como fuera: ellos encogen el brazo de Dios, y M. Rene lo ata.

Montaigne les ha hablado ahora mismo en nombre de la razon: escuchen ahora á Bourdaloue hablando en nombre de la conciencia:

«Yo sé que hay espíritus mundanos y que pretenden ser tenidos por fuertes, que por la mas estravagante conducta quieren milagros para determinarse á creer, y no quieren

(1) *Ensayos*, lib. III, cap. XI, de los cojos.

crear ningun milagro; que para evitar un exceso, caen en otro mas peligroso; es decir, que por no dejarse arrastrar á los errores populares por una credulidad demasiado fácil, se obstinan contra los hechos mas averiguados con terca incredulidad; los cuales no reconocen ni los milagros de los primeros siglos, porque son de época muy lejana, ni los de los últimos, porque son de época muy reciente; como si el brazo de Dios se hubiese encogido en nuestros dias; los cuales quisieran, no obstante, por otra parte reducirlo todo al testimonio de sus propios ojos, cual si nada hubiese creible en el mundo sino lo que ellos han visto ó ven; como si Dios debiese hacer cada dia para convencerlos á ellos nuevos prodigios; como si á una inteligencia recta y prudente hicieran falta otras pruebas que una tradicion comun y apoyada en la palabra de tantos testigos. Nó, mis amados oyentes, no nos jactemos de esta prudencia profana tan contraria á la docilidad cristiana; no demos crédito inmediatamente á todo entendimiento; así nos lo enseña el Apóstol, y lo mismo os digo yo á vosotros; pero guardemos tambien, al mismo tiempo, de sentar por máxima general, no creer nada de lo que no sea conforme á nuestras miras y que nos parezca fuera de los caminos ordinarios. Cuando se nos hable, pues, de esas maravillas que no pudieron tener otro principio que la omnipotencia de Dios, adoremos la virtud divina que hace tales obras, y tributemos á la verdad reconocida y tan sólidamente probada el justo homenaje de nuestra sumision (1).»

III. ¿Qué debe deducirse de lo que precede? una cosa bien sencilla; esta es, que nos hallamos colocados, respecto de los milagros posteriores al Evangelio, en la misma situacion que respecto de todos los hechos históricos, y que debemos examinarlos de la misma manera; de suerte que cuando los hallamos suficientemente probados, debemos admitirlos sin dificultad alguna, ó aun con una inclinacion mas declarada para con estos testimonios de la bondad y poderío del Dios

(1) Sermon para la festividad de Nuestra Señora de los Angeles.

á quien adoramos; debemos temer mas no admitir los milagros verdaderos, que el dar nuestra creencia á los que sean dudosos y aun falsos; porque aun en estos creemos en principio alguna cosa que es indudable y gran verdad, la omnipotencia y el amor de Dios; verdad que niegan implicitamente los que no creen los milagros.

Además de las reglas generales de la crítica histórica, tiene la Iglesia para su uso, en los procesos de la canonizacion de los Santos y la consignacion de los milagros, que son los títulos para esta canonizacion, una crítica tan rigurosa, que si se aplicase á la historia, desecharia muchos hechos que creemos sin dificultad, y sobre los cuales fundamos nuestras opiniones mas fijas y mas admitidas (1). Fuera de este examen, hay otra multitud de milagros á los cuales no hay ocasion de aplicarlo, y que quedan entregados á nuestra apreciacion, bajo la responsabilidad de nuestra razon y nuestra fé. Un solo criterio se indica por los Doctores para conocer los falsos milagros; consiste en estos tres caractéres: *la frecuencia*, siendo el carácter propio de todo milagro el ser raro y árduo, segun la espresion de Santo Tomás; *la inutilidad*, cuando el milagro no tiene mas razon de ser que la manifestacion de la santidad ó de la verdad; por último, *la falta de autoridad* en los historiadores y testigos.

Tal es la crítica en materia de milagros. Por este último

(1) Un caballero inglés, protestante, hallándose en Roma, recibió para leerla una informacion que le dejó cierto Prelado, la cual contenia la prueba de muchos milagros. Despues de haberla leído con gran atencion, la devolvió diciendo: «Si todos los milagros que se reciben en la Iglesia romana se hallasen consignados en pruebas tan evidentes como estos, no tendríamos dificultad alguna en admitirlos.»—«Pues bien, respondió el Prelado; de todos estos milagros que os parecen tan bien averiguados, ni uno ha sido admitido por la congregacion de Ritos, por no haberlos hallado probados suficientemente.» Admirado de esta respuesta el protestante, confesó que solo una ciega prevenicion podia impugnar la canonizacion de los Santos, y que él jamás hubiera pensado que la Iglesia romana fuese tan lejos en su rigor al examinar los milagros.

carácter vuelve á entrar en la crítica general y ordinaria, salvo el principio del cual debe recibir su inspiracion, segun hemos establecido mas arriba, á saber: *la presuncion*, no de tal milagro, sino *de milagro*, tomado en sí como *cosa que exalta y magnifica el amor de Dios para con los hombres, ó el amor de los hombres para con Dios*, segun el bello sentimiento de San Francisco de Sales.

¿Hemos acertado á convencer al lector de esta bella y sólida verdad? No nos atrevemos á lisonjearnos de haberlo conseguido; y tememos en él dificultades, que debemos esponer y discutir con toda sinceridad, para completa satisfaccion de su espíritu y en descargo de nuestro deber.

§. II.

¿Cómo quereis, se dirá, que la presuncion sea el principio de la crítica en materia de milagro, cuando no lo es en los simples hechos de orden natural y humano? Para estos hechos, en medio de los cuales vivimos como enclavados, y que tienen ya á su favor el curso general de las cosas, sirve de principio la simple *posibilidad*; y para los milagros que tienen contra sí el orden de la naturaleza que ellos invierten, será la presuncion, la probabilidad!!! El que dice milagro, dice, segun la espresion de Santo Tomás que habeis citado, *cosa árdua*, y por consiguiente improbable; y ¿es menester menos que la palabra de Dios y la inspiracion de sus historiadores para darle crédito?

Por lo menos, se añade, el milagro es *cosa extraordinaria*, pues su *frecuencia* es una de las señales de su falsedad. Luego cuando se le vé por todas partes como en los siglos de fé, es tanto mas sospechoso de falsedad y de ilusion.

Por último, si tomamos, segun debemos hacerlo, los milagros del Evangelio como tipo de los milagros verdaderos, nos causarán grande estrañeza la mayor parte de los milagros que se nos proponen para creer; y su natural analogía con las ideas y las costumbres de los tiempos en que debieron tener lugar, acaba de demostrar que no son sino leyendas y pura poesía.

Tales son las mayores dificultades que se pueden oponer. He aquí las respuestas; merecen bien que se fije en ellas la atención:

I. En primer lugar, no concedo que tengan contra sí los milagros el orden natural y humano. El milagro está *sobre* y fuera del orden natural, como el poder divino de donde él dimana, pero no *contra* el orden natural. El orden natural no se limita, y hasta se puede decir que aspira á él como á un estado superior. Solamente es *incapaz* de él; y en este sentido convendré en que el milagro es, no solamente improbable, sino *imposible*, segun el orden natural.

Pero segun el orden *sobrenatural*, el milagro es posible, y hasta probable, tanto como lo es este mismo orden. Bajo este aspecto el milagro está evidentemente *en el orden*. Está en el orden sobrenatural, está tambien en el orden natural en cuanto este orden está *preordenado* por el orden sobrenatural, y á él se refiere. Tenemos un vislumbre de esta bella verdad en el Evangelio. El Salvador, estando á punto de obrar el gran milagro de la curacion del ciego de nacimiento, respondió á sus Discípulos, que le preguntaban por qué habia nacido ciego aquel hombre: «No es porque él haya pecado, ni sus padres, sino PARA QUE LAS OBRAS DEL PODER DE DIOS SE MANIFIESTEN EN ÉL (1).» Así, he aquí un hecho natural, la ceguera, de este hombre, cuya razon de ser, cuya causa final era el *milagro* de su curacion. No era, pues, este milagro contra el orden natural, sino segun este mismo orden en cuanto fin superior y sobrenatural. Lo mismo sucede con todos los milagros, y si nos fuera permitido ver todo el orden natural, le hallaríamos gravitando así hácia el orden sobrenatural del milagro. Lo que vemos en este ciego, ¿no es la historia de todo el género humano? El género humano se hallaba como un solo hombre ciego cuando vino á visitarle el Hijo de Dios. ¿Por qué habia llegado á este grado espantoso de ceguera y de corrupcion que nos ofrece el mundo pagano, sino PARA QUE LAS OBRAS DEL PODER DIVINO SE MANIFESTASEN EN ÉL? Esto es

(1) S. Juan, IX, 3.

como la ley de la historia gravitando alrededor de la Cruz y del gran milagro de su triunfo: del triunfo del sufrimiento, de la ignominia y de la debilidad sobre el deleite, sobre el orgullo y sobre la fuerza, por la sola virtud del Crucificado. Milagro el mayor de todos, y milagro *continuo*, en cuya esfera respiramos nosotros; milagro *múltiple*, en cuanto hay en el mundo corazones cristianos que experimentan sus efectos, y prodigios de la fé y de la caridad que son sus frutos.

El orden sobrenatural ha emitido siempre en el mundo y ha producido siempre milagros en vista de este centro que rige toda su economía. Antes de la caída, el estado del hombre inocente era un estado general de milagro. Despues de la caída, la vida profética de todo un pueblo en el mundo no ha sido mas que una sucesion de milagros, hasta el milagro por excelencia: DIOS HECHO HOMBRE, sus obras, su muerte, su triunfo. Este triunfo es la dilatacion del orden sobrenatural, del solo pueblo judío á todo el universo y su perpetuidad victoriosa en la Iglesia. Y ahora, ¿cómo pudiera haber cesado el milagro que siempre habia existido, ahora cuando su manantial se ha desbordado en el mundo, y se ha establecido en la Iglesia con el fin de estar en ella abierto para siempre? El Cristianismo se dirige por todos sus misterios y por todos sus sacramentos á elevar al hombre á un estado sobrenatural de gracia, á efectuar en los miembros lo que se ha realizado en la cabeza: una vida de milagro. Esta divina Cabeza lo ha desterrado solemnemente. «En verdad, en verdad os digo, el que cree en mí hará las mismas obras que yo hago, y aun las hará mayores.» Y añade esta bella explicacion: «Y todo cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, yo lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo (1).» En esta divina palabra tenemos el medio y el objeto del milagro. El medio es el mismo Jesucristo movido por la fé del fiel: YO LO HARÉ. El objeto es que sea glorificado el Padre en el Hijo y el Hijo en sus hermanos. Así el mismo Autor de los milagros del Evangelio nos anuncia que El debe obrar por la fé de sus Discípulos todos los otros milagros que han de tener lugar en la sucesion de los

(1) JEAN, XIV, 12.